

¿Novela de no ficción?

Historia oficial del amor

RICARDO SILVA ROMERO

Alfaguara, Bogotá, 2016, 540 pp.

“HE CONSEGUIDO un escalofriante retrato de mis papás que no había visto jamás, entendí dónde empieza la historia”, dice, apenas en la segunda página, el narrador de la novela *Historia oficial del amor*, de Ricardo Silva Romero (Bogotá, 1975). El narrador se llama, igual, Ricardo Silva Romero, pero no puedo aludir a él como autor dentro de la novela, dado que el libro es presentado como tal y, en consecuencia, es una ficción, como buena novela. El narrador también dice:

Es señal de envejecer, supongo, esto de no tratar de convencer a nadie, esto de resignarse a la ficción. Quiero decir que todo lo que voy a contar sucedió tal como voy a contarlo, y tal como me lo contaron, pero que para mí es más que suficiente que el lector vaya línea a línea desde el principio hasta el final. (p. 17)

Él es un narrador omnisciente, y a veces en primera persona, que en ocasiones les da voz a algunos personajes, casualmente la mamá, el papá, el abuelo, el hermano, etc., de Silva Romero, el autor. Pero el libro no es una biografía, ni una autobiografía, ni un reportaje, ni una crónica. Es una novela, así haya coincidencias con la realidad, en este caso la realidad del autor, y así el lector se encuentre, siempre, con nombres y casos de la historia real de un país llamado Colombia. Incluso con muchas señales particulares como nombres propios y apodos de personas completamente conocidas, como ya se ha dicho; pero, además, con nombres exactos de edificios, de calles, de cines, nomenclaturas precisas, números telefónicos; fechas exactas del nacimiento o la muerte de personajes, lo mismo que de acontecimientos históricos y no históricos, letras y títulos de canciones en inglés. Parece una obsesión por la precisión de parte del narrador de la historia.

Solo uno de los comentarios acerca del libro (todos elogiosos) que apare-

cen al final, en la segunda solapa y en la contracarátula, se refiere a la obra como una novela. Es uno de los comentarios no firmados, de los editores, sin duda. Los demás, los firmados, no mencionan la palabra.

Ocurre que a Ricardo Silva Romero, el autor, le gusta la confusión. Esta, claro, es una de las formas de la literatura (dualidad, anfibiaología, polise-mia, dicotomía, ambigüedad). En una entrevista de radio le preguntaron al autor (a propósito de su última novela, *Cómo perderlo todo*) por su forma de escribir ciertas cosas, en la que realidad y ficción se juntan, y el lector no sabe muy bien si se trata, justamente, de ficción o de realidad. Y respondió que comparte con el escritor norteamericano Paul Auster lo que este dice de la narrativa, en el sentido de que ella debe contribuir a la confusión, a que todo no sea como imaginamos que es. Eso, me parece, puede aclarar el dilema al que se ve abocado el lector de este libro: ¿se tratará de una novela, como dice, o de unas memorias de su familia?

Particularmente, no creo que todo lo que cuenta el narrador, con base en las investigaciones del autor (que son muchas, según cuenta él mismo), sucedió tal cual (“sin inventar nada”, dice Luis Fernando Afanador en uno de los comentarios aludidos); ni que, tampoco, todo aquello que le contaron haya sucedido así mismo, ni que ello sea igual a como el narrador lo ha contado. Mi incredulidad se debe, sencillamente, a que en el libro hay escritura, hay lenguaje, hay literatura. Por lo tanto hay ficción y por eso es una novela. El escritor se planta frente al objeto, la historia, y la transforma al escribirla. Y eso se nota. Además, creo totalmente en lo que dijo alguna vez García Márquez: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. (Lo que querría decir que la realidad no existe —o sí existe, pero en el lenguaje—, como debe ser verdad, y como defienden en su escritura algunos sensatos cronistas.)

Historia oficial del amor narra, en 540 páginas, la historia de la familia Silva Romero. Y lo hace de atrás hacia adelante. Comienza el 1º de enero de 2015 y termina en 1932, aunque el último capítulo transcurre, de nuevo, en

2015, el 25 de septiembre. Y también, como en el primer capítulo, el narrador Silva Romero hace un comentario personal sobre cómo termina la novela, sobre el insomnio que le causa un dolor físico. En ese desvelo describe su apartamiento, a sus dos hijos, a su mujer; evoca a sus padres, menciona el amor que les tiene a todos ellos, a su mundo. Pero, sobre todo, nos cuenta que en ese lapso, entre enero y septiembre, escribió *Historia oficial del amor*.

Y todavía escribe el narrador, ya para terminar, una página de agradecimientos. Como en las crónicas, tal vez, o como en las biografías (y como en el ciclismo, hace tiempos: “Agradezco a mis patrocinadores y les mando un saludo a mi mamá y a mi papá...”). Agradece a sus amigos que le entregaron datos importantes de la historia del país, a sus familiares que le ayudaron a tejer el relato con precisión, a los lectores iniciales de sus notas que le corrigieron rumbos equivocados, etc. Es probable, entonces, que el autor haya querido, en realidad, escribir una autobiografía, digamos, o una gran semblanza de su familia, una suerte de homenaje a sus padres, por quienes tiene un afecto muy especial, como lo dice en varias ocasiones durante el largo relato. Y que sus editores lo hayan convencido de que presentara el texto como una novela, y por contra narrar la historia del país, a la cual está muy unida su familia, sin duda. Si no, no tendría mucho sentido que le presentara al lector a todos los que contribuyeron, con sus datos y con sus informaciones, a redondear la historia. Si todas las novelas nos presentaran a todas las personas que contribuyeron a que estas fueran posibles, ello ya sería una especie de género, un apéndice de las novelas. Lo que sí ve el lector, a menudo, son epígrafes agradeciéndoles a zutano o a perengano. Como cuando García Márquez, en *El general en su laberinto*, pone un epígrafe: “Para Álvaro Mutis, que me regaló la idea de escribir este libro”.

Y es una larga historia, sin duda, porque es la historia, de casi un siglo, de Colombia. El narrador Ricardo Silva Romero se interesa en contar el devenir de su familia porque ella tiene un papel, si se quiere fundamental, en la historia del país. Aunque no toda su familia, sino la parte que corresponde

RESEÑAS		NOVELA
a su madre, es decir los Romero: ella misma, que vivió momentos cruciales como secretaria jurídica en el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990); el hermano de esta, Alfonso Romero Buj (la madre de ambos era española), abogado y dirigente maoísta (asesinado en el centro de Bogotá por sus propios camaradas al considerarlo un burgués traidor), y sobre todo, el padre de ellos (abuelo del narrador), Alfonso Romero Aguirre, cartagenero, abogado, patriarca liberal, senador, gran orador y forjador, sin duda, de logros muy importantes en la siempre mezquina política colombiana. Pero el narrador Silva Romero también involucra en el libro a su padre, Eduardo Silva Sánchez, ingeniero y profesor universitario, por quien siente una gran admiración. Al igual que ocurre con su madre, el narrador va hasta los días de su infancia. Y aunque el origen de su padre es mucho más humilde y lleno de vicisitudes, su formación es admirable y, una vez ha conformado su hogar con Marcela Romero Buj, se ratifica como un hombre lleno de paciencia, de detalles, de amor hacia la mujer de su vida, de amor hacia sus dos hijos. Tanto que Marcela Romero, siendo quien es, decide llamarse, públicamente, Marcela Romero de Silva. Se adhiere a él conscientemente, por puro gusto. Solo íntimamente es Marcela Romero Buj. Por este libro pasa buena parte del siglo XX y casi lo que va del XXI en Colombia. Magníficamente narrado casi siempre, y casi siempre con el dolor y la impotencia que produce un país desastrado por las más diversas violencias. Y desde el poder, casi invariablemente. O por quienes están en contra del poder. La familia del narrador está, por así decirlo, en la mitad de todo eso, y de esta manera el autor, quien maneja los hilos de la trama y quien es al mismo tiempo el narrador (mímesis que contribuye a la confusión general, como quiere el autor), tiene de cerca el conocimiento de los acontecimientos. O por lo menos, como nos lo cuenta, a quien o a quienes le pasan la información que necesita. Libro de pesquisas, de datos, de nombres, de acontecimientos, de fechas. De historia. Pero un libro, también, profundamente humano, también hecho de detalles, de gestos,	porque el narrador logra transmitirnos el amor sincero y de verdaderos luchadores de sus padres, Marcela y Eduardo, y el amor sincero y de verdadero luchador de su abuelo, Alfonso. El autor se desprende, es verdad, de lo que, aparentemente, es el truco de las novelas, las invenciones que les dan el carácter de ficción más común (aunque a menudo se ha dicho, creo con razón, que toda invención literaria tiene una cuota, alta o baja, de autobiografía). El narrador nos entrega, de carne y hueso, a unos personajes que se van apoderando de nuestra atención. De nuestro cariño o de nuestro odio, de nuestra admiración o de nuestro desprecio. Nos lleva de la mano, como hace todo gran autor, finalmente. <i>Historia oficial del amor</i> es una novela histórica, en el sentido más llano de ese término; pero también es una novela íntima y personal, en el sentido más espléndido de esas palabras. Luis Germán Sierra J.	